

EL PARIA PROFETA¹

El veredicto emitido por Walter Benjamin sobre Stefan George, pocos meses después de la llegada al poder de los nazis y poco antes de la muerte del poeta, continúa siendo su epitafio más apropiado: «Si Dios alguna vez castigó a un profeta haciendo que se cumpliera su profecía, éste es el caso de George». El poeta que tuvo sus comienzos bajo los auspicios del simbolismo francés –*Hymnen* se publicó en 1890, cuando tenía veintidós años– había alcanzado el título de profeta mucho antes de la Gran Guerra; y en las condiciones que resultaron de la misma, la invocación de George a un líder mesiánico que redimiría a Alemania se tradujo progresivamente por los miles de jóvenes que le escucharon atentamente en un apoyo a Hitler. Sus publicaciones habían anticipado el motivo de la esvástica, aunque de modo cursivo, y su último trabajo, en 1928, se titulaba *Das Neue Reich*.

Como ideólogo George continuó la estela dejada por Nietzsche; lo que no significa que reconociera ningún otro mentor posterior a Goethe y a Hölderlin. Resolutivamente anticristiano, antiilustrado, antidemocrático y antifeminista, preconizaba un nuevo orden épico, una Hellas germanizada, donde la aristocracia espiritual hollaría a la vieja sociedad. Su mensaje tuvo una poderosa fuerza de atracción ya en la época guillermina por su ambigua relación con la modernidad y más adelante, tras el trauma de Versalles, confluyó con el nacionalismo virulento de la izquierda radical. Pero George nunca dejó de ser un poeta incluso en su momento de mayor influencia, lo que le permitió escapar a cualquier tipo de reducción política. El protestantismo y Prusia fueron las constantes obsesiones de este irreductible *Rheinländer*, no menos que la desdeñada *Bürgertum*. En 1914 se distanció de la euforia patriótica en la que quedó sumergida la mayoría de sus seguidores y casi se complacía con la perspectiva de la derrota alemana. Nunca se pronunció a favor de ningún partido político, incluso cuando los nazis victoriosos le aclamaron como su fuente de inspiración.

¹ Robert NORTON, *Secret Germany: Stefan George and His Circle*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2002, 832 pp.

A pesar de haber sido en su día una figura encumbrada dentro de la poesía alemana, hoy la lectura de George no está generalizada fuera del mundo académico y en estos momentos la traducción inglesa de su trabajo está fuera de circulación. Su técnica se encontraba en el cenit del modernismo, en paralelo a las transformaciones en la música, a modo de un cromatismo extremo vacilante ante el nuevo sistema dodecafónico. La preocupación por comunicar los aspectos más sutiles de la experiencia personal en términos delicados e inefables atrajo en su época a Schoenberg y a Webern, quienes celebraron ciclos de música inspirada en sus primeros trabajos. «The Year of the Soul», publicado en 1897, conserva cierta popularidad por su afinada consecución de una función imperecedera de la poesía: lo que Norton acertadamente describe como «una especie de baño de melancolía» que se vierte sobre el paisaje interior y le da a todo un «ligero toque marchito, casi elegíaco», en buena medida el mundo de *Pelléas y Mélisande*. Luego, no obstante, cuando el poeta siente «el aire de otros planetas», la voz inconfundible de George se vuelve una nítida imbricación de imágenes de destrucciones acarreadas por líderes heroicos, y es difícil leer hoy su trabajo sin sentir la inminente sombra de los acontecimientos que él mismo ayudó a favorecer.

No deja de sorprender, sin embargo, que un hombre cuya escritura y personalidad hicieron tanto por articular la matriz cultural dentro de la cual Hitler pudo seducir a las clases cultivadas haya sido tan ostentosamente ignorado en las últimas décadas. El exhaustivo libro de Robert Norton no sólo carece de un predecesor alemán, sino que además se trata de la primera biografía escrita por alguien ajeno al propio círculo de George e incluso parece que nadie antes que él ha trabajado de modo sistemático y al completo el archivo de Stefan George en Stuttgart.

Norton no examina detalladamente la obra poética de George, como tampoco explora a fondo la urdimbre de su influencia, lo que exigiría un volumen adicional. La rigurosidad en el enfoque, si bien indiscutiblemente exige que haya dado prioridad a un tema, inevitablemente conduce a cierta unilateralidad. Entre la poesía coetánea de George, Hugo von Hoffmansthal, por ejemplo, juega un papel sumamente importante en el libro de Norton debido a que George estuvo enamorado de él cuando era un adolescente encantador y durante años intentó ganárselo para su círculo, hasta que Hoffmansthal renunció a la poesía por otros pastos mejores. Rilke, sin embargo, que supone una comparación más pertinente —al igual que él profundamente influido por Nietzsche, capaz de doblegar a su voluntad la lengua alemana y en posesión de la veta de la violencia espontánea que poseía el propio George, lo cual fue advertido cáusticamente por Lukács—, únicamente aparece en el estudio de Norton cuando éste da cuenta de la carta de admiración que Rilke escribe a su antiguo colega y que George rehúsa educadamente.

La ambigüedad del legado de George se agudizó por el momento de su muerte en diciembre de 1933. De haber vivido tan sólo unos pocos meses

más, o bien habría sucumbido a las lisonjas nazis, o bien habría permanecido en Suiza como exiliado: ningún intelectual alemán pudo permitirse la neutralidad. Su regreso triunfal a Alemania habría dejado constancia en la historia de que la «Alemania secreta» de George era efectivamente el *tausendjährige Reich* [«el *Reich* de los mil años»]; mientras que Stefan George, el emigrado, hubiera sido el colega que hubiera hecho sombra a Thomas Mann. Tras la Segunda Guerra Mundial, los discípulos de George que aún sobrevivían intentaron retratar su resistencia a regresar a Alemania como una prueba concluyente de su oposición a Hitler, pero Norton reproduce por primera vez una carta clave de mayo de 1933 que muestra la ambigüedad de George respecto a esto último: si por un lado no aceptaría ningún puesto en la «así llamada Academia de Autores» que los nazis anhelaban instituir, por otro se sentía feliz de reconocerse como «el predecesor del nuevo movimiento nacional», a pesar de que «las leyes de la esfera espiritual y de la política sean, ciertamente, muy diferentes». Contrariamente a la leyenda predominante, fue sólo el albur de su enfermedad y muerte aquello que le excusó de una elección decisiva. En cualquiera de los casos, George hubiera seguido siendo una figura destacada de la historia cultural intensamente marcada, ya fuera positiva o negativamente; tal como resultó después, se diluyó en una tierra de nadie crepuscular, inclasificable y por ello casi invisible.

Hay dos razones más específicas que explican por qué George es una figura inmanejable con quien pocos hoy en día tratan de asociarse. El hecho de que fuera homosexual, y de que lo fuera más explícitamente en su poesía que cualquier otro alemán contemporáneo, podría no ser un problema en sí mismo en estos tiempos supuestamente más ilustrados. Pero George era un amante de los jóvenes a quien difícilmente se puede clasificar de gay en los términos actuales. A su gran pasión, Maximilian Kronberger, le idealizó hasta el punto de proclamarle un dios después de su muerte con dieciséis años a causa de una meningitis; el culto a «Maximin» se convirtió en una parte integrante de la práctica del círculo de George. Su abierta homosexualidad fue al menos una de las razones por las cuales a los pocos meses de su defunción los nazis se apresuraron a olvidar la colaboración que George les había prestado. Al mismo tiempo, la forma en la que los compromisos de George rebasaron las categorías posteriores de los sistemas de clasificación favoreció que la posteridad también le olvidara. George nunca fue un nazi y, por lo tanto, su sexualidad no podía ser válida para el tropo antifascista de los años del Frente Popular que retrataba a los hitlerianos como a unos pervertidos sexuales. Pero tampoco fue posible para la generación posbélica consciente del exterminio de homosexuales reivindicarlo como pionero de la liberación gay.

Hay una ambigüedad más profunda entorno a Stefan George que plantea un reto todavía más arduo a la corrección política contemporánea. En el «movimiento espiritual» de George, donde la lealtad personal al Maestro desempeñaba un papel predominante, un número desproporcionado de sus discí-

pulos, amigos y amantes eran judíos. Una de las hebras de esta cuestión es el propio gusto erótico de George, que se inclinaba con preferencia hacia el modelo mediterráneo, lo que en el contexto alemán generalmente quería decir judío; pero no faltaban judíos entre los jóvenes, homosexuales o no, que le buscaban con veneración. (El mismo Walter Benjamin relata cómo, cuando era un joven estudiante en Heidelberg, «esperaría durante horas en un banco del jardín del castillo atento al momento en el que George pudiera pasar por allí».) El padre del idolatrado Maximin era judío, aunque se había convertido al catolicismo al casarse. Una vez producida la transfiguración de George de poeta a profeta, el papel de discípulo predilecto pasó a ser encarnado durante varios años por Friedrich Gundolf, cuyo nombre antes de ser rebautizado por George era Gundelfinger; y tras la defección de Gundolf (quien finalmente se casó: no por conveniencia, que era aceptable, sino por amor, que no lo era), otro joven judío, Ernst Kantorowicz, vino a ocupar un lugar parecido en sus afectos. Con el paso del tiempo, Gundolf y Kantorowicz hicieron más que ninguna otra persona por difundir el mensaje del Maestro a un público más amplio: Gundolf lo hizo mediante su *magnum opus* titulada *Shakespeare and the German Spirit* (también retradujo las obras completas del bardo) y Kantorowicz gracias a su exitosa biografía de *Friederich II*. (Norton también refiere que Gobbels aspiró sin éxito a estudiar bajo la tutela de Gundolf, mientras que el libro de Kantorowicz fue muy ojeado, incluso por Hitler.) Asimismo, George tuvo varios amigos judíos con quienes no intimó sexualmente, y su más activo y constante colaborador, Karl Wolfskehl, quien trabajó incasablemente durante tres décadas en los periódicos de George —el *Blätter für die Kunst [Páginas de Arte]*, luego el *Jahrbuch für die geistige Bewegung [Anuario del Movimiento Espiritual]*—, en realidad se las arreglaba para compaginar esta actividad con un activo compromiso con el sionismo.

El rechazo de George al antisemitismo le llevó en 1904 a romper filas con un cercano colaborador de sus primeros años, Alfred Schuler, quien, si bien también era homosexual, era rabiosamente antisemita; aunque su reinención del motivo de la esvástica aún no había adquirido su connotación más famosa. Es evidente que este desprecio incondicional hacia el prejuicio vulgar tenía un precedente en Nietzsche. Pero ¿cómo se explica que en la década de 1920, cuando el antisemitismo se había convertido en un eslogan político destacado, los judíos continuaran desempeñando un papel prominente en un movimiento que hizo tanto por socavar el orden secular y democrático? Norton no aborda esta cuestión, a pesar de que ahora esté siendo tardíamente discutida y de que hace dos años se celebrara en Potsdam un simposio internacional sobre la relación de George y la comunidad germanojudía bajo los auspicios del Moses Mendelson Centre for Jewish Studies en colaboración con el Catastrum Peregrini, con sede en Ámsterdam, donde se conserva el legado de George. Una respuesta preliminar podría encontrarse a partir de las líneas que se exponen a continuación. A medida que el antisemitismo tradicional se iba transformando en la moderna versión insidiosa atizada por el darwinismo

social (la ideología característica de la época imperialista), la mayoría de los jóvenes judíos alemanes, con toda la falsa conciencia que fuera necesaria, aún se identificaba con el Reich e incluso veía la Gran Guerra como la ocasión para demostrar que eran tan alemanes como los demás. Para la minoría suficientemente sensible como para captar que la opresión a la que se enfrentaban era precisamente un fenómeno del siglo xx, el internacionalismo socialista ofrecía una vía de escape y otra el separatismo sionista, ya que cada uno a su modo significaban una ruptura radical con su herencia cultural. Pero había también una tercera posibilidad, que igualmente atrajo a muchos de los más dotados y brillantes: una Alemania renaciente purificada de sus agregaciones «burguesas», unida por su cultura espiritual y renovadamente iluminada por la venerada herencia de los griegos.

Tras la llegada al poder de los nazis, la mayoría de los seguidores de George unieron su destino al de Hitler, aunque para la mayoría de sus prosélitos judíos su fidelidad se tornó en una equivocación bochornosa. En cualquier caso, después de 1945, el mensaje georgiano ya no podía ejercer más atracción que la de una secta insignificante. Aun así, Stefan George dejó un legado que Norton en cierta medida infravalora. Entre sus nuevos discípulos, en la década de 1920, estaban los tres hermanos Stauffenberg, el menor de los cuales, Claus, organizó en su día el complot para matar a Hitler, y él mismo fue quien colocó la bomba fallida en julio de 1944. Tal y como señala Norton, la finalidad de los conspiradores no era de ningún modo democrática: su manifiesto seguía siendo leal a los principios jerárquicos de George. Pero todo ha de ser juzgado en su contexto histórico y en las espantosas circunstancias del Estado nazi, únicamente hubo tres ideologías que incitaron a sus adeptos a la resistencia a muerte: el comunismo, el personalismo cristianismo de la Iglesia confesional y la «Alemania secreta» de Stefan George.